

Juan Manuel Martín García
Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz

CULTURA ARTÍSTICA Y RELIGIOSA EN
LA GRANADA DE LOS REYES CATÓLICOS
Mecenazgo y piedad popular en
los inicios del Renacimiento

Granada, 2023

COLECCIÓN HISTORIA

DIRECTOR: FRANCISCO SÁNCHEZ-MONTES GONZÁLEZ
(Catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Granada)

CONSEJO ASESOR:

Rafael G. Peinado Santaella (Catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Granada y anterior director de la colección); Francisco Andújar del Castillo (Catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Almería); Inmaculada Arias de Saavedra Alías (Catedrática e Historia Moderna de la Universidad de Granada); Friedrich Edelmayer (Catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Viena); José Fernández Ubiña (Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Granada); Adela Pilar Fábregas García (Catedrática de Historia Medieval de la Universidad de Granada); Ángel Galán Sánchez (Catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Málaga); Miguel Gómez Oliver (Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada); Cándida Martínez López (Catedrática de Historia Antigua de la Universidad de Granada); Miguel Molina Martínez (Catedrático de Historia de América de la Universidad de Granada); Ofelia Rey Castelao (Catedrática de Historia Moderna de la Universidad de Santiago de Compostela); Teresa María Ortega López (Catedrática de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada); Rafael Quirosa-Cheyrouze y Muñoz (Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Almería); Philippe Sénac (*Professeur Émérite* de Historia Medieval de la Universidad de la Sorbona); Purificación Ubric Rabaneda (Profesora titular de Historia Antigua de la Universidad de Granada); Bernard Vincent (École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) de París.



© Juan Manuel Martín García, Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz
© Universidad de Granada
Campus Universitario de Cartuja
Colegio Máximo, s.n. 18071, Granada
Telf.: 958243930 - 246220
Web: editorial.ugr.es
ISBN(e): 978-84-338-7290-6

Edita: Editorial Universidad de Granada
Campus Universitario de Cartuja. Granada
Maquetación: Raquel L. Serrano / atticusediciones@gmail.com
Diseño de cubierta: Tarma Estudio. Granada

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
--------------------	---

PRIMERA PARTE

LOS INICIOS DEL ESTADO MODERNO Y LA CULTURA ARTÍSTICA DEL RENACIMIENTO EN ESPAÑA	19
--	----

NOBLEZA Y CULTURA EN EL REINO DE GRANADA: LOS COMIENZOS DEL LINAJE DE LOS CONDES DE TENDILLA Y MARQUESES DE MONDÉJAR.....	39
---	----

ÍÑIGO LÓPEZ DE MENDOZA: MECENAZGO Y HUMANISMO EN LOS ALBORES DEL RENACIMIENTO	59
---	----

PARA EL REY NUESTRO SEÑOR... FERNANDO EL CATÓLICO, EL CONDE DE TENDILLA Y LA CULTURA DE SU TIEMPO	73
---	----

LA ALHAMBRA DE GRANADA COMO ESPACIO DE INTEGRACIÓN E INTERVENCIÓN EN LOS INICIOS DE LA EDAD MODERNA: UNA LECTURA DESDE EL ARTE Y SU DIMENSIÓN POLÍTICA Y RELIGIOSA	109
---	-----

SEGUNDA PARTE

IMPLANTACIÓN DE LA IGLESIA DE GRANADA: ORIGEN Y RENTAS DEL CABILDO CATEDRALICIO	141
---	-----

LAS PRIMERAS DEVOCIONES EN LA GRANADA RECIÉN CONQUIS- TADA (1492-1516)	165
PRIMERAS REFERENCIAS RELIGIOSAS EN LA GRANADA CASTELLA- NA: LA TRADICIÓN CRISTIANO-VIEJA	185
PARROQUIA Y COFRADÍAS, UN PROCESO ESENCIAL EN LA GRANADA CRISTIANA	205
COFRADÍAS Y CONGREGACIONES ANDALUZAS ENTRE EL MEDIEVO Y EL RENACIMIENTO	223
BIBLIOGRAFÍA	255

INTRODUCCIÓN

Quizás no haya una fecha más significativa para la Historia de España que la de 1492 y, desde luego, así lo es para Granada. Por eso, todo estudio que gire en torno a ella tiene la actualidad asegurada y todo esfuerzo por arrojar luz a una época bisagra, un espacio de frontera, es siempre bienvenido. Aportaciones realizadas a lo largo de poco más de dos décadas, desde comienzos del siglo XXI, se conjugan en este libro con la certeza de que componen un conjunto apreciable de informaciones y reflexiones sobre el marco cultural y religioso que se abre en Granada a partir de esa fecha mítica.

Nace la obra del esfuerzo por reunir trabajos diseminados en publicaciones muy diversas, pero susceptibles de conformar un todo. Nace también, pese a trabajar en ámbitos distintos —el entorno cultural y el clima religioso, la cultura de elite y la expresión del pueblo, en suma, la Historia del Arte y la Historia Moderna—, de nuestro convencimiento en una necesaria y añorada unidad del saber, en particular en el campo de las Humanidades. Es como si el esfuerzo individual de años de investigación confluyera de manera natural en una puesta en común que, desde luego, responde a la yuxtaposición de diez trabajos, debidamente adaptados para reforzar una empresa común, alumbrando una primicia que apuesta por los estudios del «tercer nivel» de impronta vovelliana y sobre todo se propone difuminar las barreras —que sólo son restricciones mentales— entre disciplinas como la Historia y la Historia del Arte. No es este el lugar de abundar en esa relación que por supuesto no es nueva, pero baste con señalar, en un esfuerzo de reduccionismo, que el historiador utiliza con frecuencia las fuentes iconográficas en sus investigaciones, mientras que un sólido trabajo del historiador del arte no puede prescindir de la documentación de archivo y de las fuentes impresas. Uno y otro investigador, además, están abocados a contextualizar.

Pero además hoy es irrefutable que los modelos culturales y religiosos (confesionales) son inseparables de los ideales políticos y de los paradigmas sociales. De esta forma, la recreación de una «Granada nueva» refleja los mecanismos de imposición, la práctica del poder, las herramientas de disciplinamiento social y, en suma, un control premeditado de ideas, de convicciones, de gestos y de conductas.

La primera parte de este libro aborda el paisaje artístico de una época de tránsito entre la Edad Media y el mundo moderno, haciendo de Granada un laboratorio especial para su estudio. Todo ello, de forma singular, en torno a un personaje como Íñigo López de Mendoza, que tuvo un papel destacado en el arte de su tiempo. El segundo conde de Tendilla y primer marqués de Mondéjar que fue, además, primer capitán general del Reino de Granada y primer alcaide de la Alhambra, representa un modelo muy acabado del compromiso con el ideario del proyecto político que protagonizan los Reyes Católicos. De este modo, su servicio a la corona se tradujo en una participación activa en la Guerra de Granada, en su extraordinaria misión como embajador ante la Santa Sede y como agente y promotor de obras relacionadas con el mecenazgo real junto a las que también emprendió por iniciativa propia o como expresión de pertenencia a una de las familias, los Mendoza, más poderosas e influyentes de la Monarquía Hispánica.

Lo que convierte a Granada, como decíamos, en un auténtico laboratorio de la modernidad artística y cultural de su tiempo, forma parte del panorama que se dibuja en la España de los Reyes Católicos al comienzo de nuestro Renacimiento, y lo es como una expresión rica, múltiple y compleja del final del mundo medieval y el inicio del que conocemos como moderno cuyos albores se enmarcan en el horizonte de aquella empresa política supranacional que tuvo como principales gestores a dos príncipes convertidos en reyes: uno, Fernando V de Aragón, la otra, Isabel I de Castilla.

Entre las condiciones que lo hicieron posible, varias de ellas tienen especial incidencia en el caso hispano y no pocas consecuencias en el terreno artístico y cultural. Fundamentalmente, habría que pensar en el largo proceso de conquista soberana del poder que culmina con la consolidación de un marco territorial más o menos vinculado históricamente con estas nuevas instancias y, finalmente, con la construcción de un complejo aparato de organización administrativa capaz de satisfacer las demandas y necesidades del nuevo orden político. Este es el argumento en torno al que gira el primero de los trabajos sobre arte, Estado Moderno y Renacimiento en la época de los Reyes Católicos, que constituye una aportación al panorama general de la visión y revisión del periodo histórico y artístico que representa el reinado de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón desde la perspectiva de la construcción e integración en el plano cultural de un modelo político teñido de modernidad en el que se dan cita algunos de

los aspectos más singulares de lo que hoy llamamos Estado Moderno. Se analizan aquí las condiciones que hicieron posible su adecuación al marco general de su reinado y, en particular, sus vínculos con un proceso de renovación de los instrumentos artísticos y culturales puestos al servicio de un modelo de acción política que acabarían determinando una temprana visión de la Monarquía y su capacidad de intervención en todos los niveles de la sociedad, incluidos los que se refieren al espacio de las artes y la renovación de la cultura, ya fuese dentro o fuera de las fronteras de aquella incipiente unidad estatal.

Todo ello fue posible también gracias al papel que adquirieron distintos sectores de la sociedad aristocrática y de la Iglesia como parte de ese ideario de reforma política y de construcción de un modelo de Estado que acabará consolidándose en los siglos de la Edad Moderna. Como ha afirmado el profesor David García Hernán, con respecto a los primeros, los nobles, «uno de los posicionamientos más interesantes a la hora de abordar el estudio del estamento nobiliario en España durante la Edad Moderna se centra en el análisis de su peso en el entramado político, social y también cultural en el marco que define su participación» (García Hernán: 1992: 11-12). Y si hubo una familia singular por su protagonismo de primer orden en todo ese entramado fue, sin duda, el linaje de los Mendoza, en el que siempre destacaron personalidades notables en cualquiera de las esferas de aquella época. Así se ha querido poner de relieve en el segundo de los trabajos de este primer bloque, enmarcado en un estudio general sobre nobleza y monarquía en el Reino de Granada a lo largo de los siglos del Antiguo Régimen, singularizado aquí en uno de los más preclaros miembros de esta destacada familia que viene a confirmar todo cuanto se ha dicho en relación con ellos: Íñigo López de Mendoza, segundo conde de Tendilla y primer marqués de Mondéjar.

Cualquiera de las perspectivas que pueda ser utilizada a la hora de trazar los aspectos más destacados de este personaje nos lleva hacia lo que podría considerarse como uno de los modelos más acabados, aun con todas sus imperfecciones, de ese perfil que va definiendo a la nobleza hispánica, o buena parte de ella, en los inicios de la Edad Moderna. Por este motivo, los primeros pasos, por ejemplo, hacia el triunfo del Humanismo en España, que no se producirá hasta el segundo cuarto del siglo XVI, aparecen dibujados en figuras como el conde de Tendilla, capaz de configurar en torno suya, una vez instalado definitivamente en Granada a partir de 1492, uno de estos primeros círculos humanistas. No extraña, por tanto, que Elías Tormo llegara a decir de él, que fue «el magnate español más humanista y más protector de humanistas» (Tormo y Monzó: 1917: 54). Un análisis de todo ello es lo que aspira a mostrar el trabajo sobre el mecenazgo ejercido por Íñigo López de Mendoza en torno a ese primer

círculo del humanismo granadino que lo sitúa, tomando en consideración todas las limitaciones posibles, en una posición avanzada en el marco de un Renacimiento todavía muy temprano pero que acabará siendo decisivo para su triunfo posterior.

Ese protagonismo lo manifiesta también a la hora de presentarse como un agente de primer orden en algunas de las empresas artísticas durante el reinado de los Reyes Católicos. El artículo publicado en la revista electrónica de Historia Moderna, Tiempos Modernos, centrada en el estudio del desarrollo de las sociedades humanas durante los siglos XVI, XVII y XVIII, analiza la relación entre el rey Fernando el Católico e Íñigo López de Mendoza, considerando como punto de partida su posicionamiento con respecto a la política internacional del monarca aragonés y de la propia reina Isabel, a quienes representó como embajador extraordinario en Roma, entre 1486 y 1487, coincidiendo con el inicio del pontificado de Inocencio VIII. Pero también, su servicio a la corona a través de una participación activa en la Guerra de Granada, ciudad en la que fijaría su residencia a partir de 1492 y donde permanecerá hasta su muerte en 1515, adquiriendo importantes responsabilidades políticas y militares en unos momentos de gran trascendencia histórica para la ciudad como consecuencia de su incorporación al Reino de Castilla y el inicio de una serie de cambios que estaban encaminados a definir una nueva fisonomía de la capital del reino nazarí y último enclave de la presencia musulmana en territorio peninsular y aún en el occidente europeo. Ese protagonismo lo convierte en agente y promotor de obras relacionadas con el mecenazgo real, en las que a veces directamente y otras a través de terceros, tendrá un peso destacado en algunos de los grandes proyectos puestos en marcha por los Reyes Católicos, apoyándose en él y en su propia trayectoria personal y cultural.

Especial significación tiene el alcance de su papel en la Alhambra de Granada con posterioridad a 1492 y a lo largo de toda la Edad Moderna, cuya historia está estrechamente vinculada a una institución, la alcaidía, y a una familia, los Mendoza, que en este caso concreto se canaliza a través de la rama de los condes de Tendilla y marqueses de Mondéjar. El último de los trabajos de este primer bloque, centrado en los inicios de esa larga presencia mendocina, que se extiende hasta las primeras décadas del siglo XVIII, sitúa a Íñigo López de Mendoza al frente de una serie de intervenciones —algunas por iniciativa propia y otras por mandato directo de los monarcas y sus agentes— que ofrecen el marco idóneo para explicar la realidad política, administrativa, defensiva y cultural del monumento nazarí y su configuración posterior, indiscutible y decisiva a la hora de comprender no sólo la integración sino también la intervención en un espacio tan singular y de tan elevado significado histórico, lo que permite insertar todo ello en un contexto que va más allá de Granada y

su reino, aquel rincón del rincón al que se refería uno de los humanistas al servicio del conde de Tendilla, Pedro Mártir de Anglería, y que aquí puede ser visto como el germen del sueño imperial carolino que llegaría unas décadas más tarde.

Precisamente el segundo bloque de este libro se centra en un arco cronológico que partiendo desde la conquista de la ciudad y reino de Granada, en el momento álgido de la fama y el poder de Isabel y Fernando, llega hasta los tiempos del Emperador y las vicisitudes planteadas en torno a la reforma de la Iglesia. El ideario cultural del reinado de los Reyes «Católicos», como bien expresa este calificativo, tiene mucho que ver con la religión. Y en Granada todavía más, en primer lugar, porque la guerra de conquista se había planteado, como no podía ser de otra manera, con carácter de cruzada y, por tanto, el sentido mesiánico de los monarcas quedaba reforzado con las victorias militares. Y, en segundo lugar, porque aquel 2 de enero de 1492 no cerraba un proceso, sino que más bien abría otro más complejo y vacilante, a menudo espinoso y descarnado. Ciertamente en Granada quedaba casi todo por hacer. La mera apariencia de que sus moradores mayoritarios, aquellos súbditos de religión musulmana, simplemente habían cambiado de emires se desvanece rápidamente en la primera década de la Granada castellana.

Y en este panorama, de victorias e imposiciones, de celos y resistencias, la Iglesia de Granada cobra un papel esencial. Como las otras brillantes instituciones que prestigiaron a la ciudad derrotada en un afán regio por mantener el perdido prestigio y la dimensión cortesana de Granada, la Iglesia es y se considera una herramienta más en manos de la Corona, una pieza esencial en la instauración del Estado Moderno que emerge en la península de la mano firme de Fernando e Isabel. Es la iglesia de regio patronato, casi una «iglesia de Estado», que surge y es moldeada, hasta donde se le permitió, por otra figura sobresaliente del reinado, fray Hernando de Talavera. El obispo de Ávila había manifestado que no presidiría una nueva diócesis sino era la de Granada. Y se cumplió este designio, pues los reyes siempre tuvieron claro que el fraile jerónimo ceñiría la mitra granatense. En este sentido conviene recordar que en el gobierno práctico y la administración diaria de la urbe se impuso al principio, más que el poder incipiente de las fulgurantes instituciones nuevamente establecidas, el tesón y el trabajo continuado de las grandes personalidades que gozaban de la confianza regia, y este es el caso de fray Hernando de Talavera junto al conde de Tendilla, al secretario Hernando de Zafra y, en menor medida y de forma más tardía, el impecable corregidor Andrés Calderón.

El poder de Talavera se extiende, por tanto, más allá de la jurisdicción eclesiástica, que sin embargo ejerció con autoridad moral y celo pastoral. El primer trabajo de esta segunda parte aborda la erección de la Iglesia

de Granada, y en particular de la institución de su Catedral, llamada a ser como metropolitana madre de otras iglesias. En este primer banco de prueba ya quedó patente la brecha entre altos ideales y crudas realidades. Sobre el papel el cabildo catedralicio de Granada se diseña con aires de grandeza, en la práctica, sin embargo, la limitación de recursos impuso un ineludible pragmatismo. El cuerpo capitular sería muy reducido porque escasas eran también las rentas para su sostenimiento. Y en lo temporal planea sobre él siempre la alargada sombra del patronato regio. Esa necesaria austeridad no fue para el arzobispo una renuncia traumática, toda vez que —según sus biógrafos/hagiógrafos— concibió la vida capitular con una frugalidad y colegialidad que la asimilaba a la placidez de un convento regido por las virtudes cristianas. Pero esa limitación casaba mal con el discurso triunfalista que se voceaba por doquier y del que fue también exponente el propio Talavera, como se evidencia en su oficio litúrgico para la festividad de la «Toma» de Granada.

Por debajo de la institución catedralicia quedaba una labor ingente por hacer, ligada al pueblo fiel, cristiano viejo y cristiano nuevo, pues a los mudéjares pronto se les atrajo hacia el bautismo, primero de un a forma amable y voluntaria, más tarde por la vía forzosa de los hechos consumados. Por eso, es muy importante poner de relieve la «cristianización» exterior de la urbe, con los primeros referentes inequívocamente cristianos. A desvelar esta interesante labor se dedican dos capítulos que en realidad están íntimamente conectados entre sí. Es el contacto directo con la realidad, el descenso a ras de suelo, la verdad de todo un universo humano al que hay que catequizar. No podemos olvidar que el primer arzobispo, para muchos mudéjares/moriscos el «gran alfaquí», diseñó medios misionales muy modernos, excesivamente modernos para su tiempo, como era la enseñanza de la doctrina cristiana en lengua árabe con la pretendida preparación del clero en esta materia, la progresiva introducción de prácticas devocionales cristianas que permeabilizaran la vida de los hogares como señal de «normalización» —religiosa y cultural a un tiempo—, la integración de rasgos folclóricos de los vencidos en las ceremonias religiosas, etc. Pero esos afanes pastorales no dieron los frutos apetecidos y el propio Talavera tuvo que claudicar, porque así lo deseaban los reyes, ante los medios más expeditivos del cardenal Cisneros a la hora de atraer las almas hacia Dios.

Las primeras advocaciones de templos, contando con la dimensión espacial e identitaria que tienen siempre las parroquias o collaciones, las primeras imágenes de devoción, la aparición de ermitas, lógicamente anterior a la construcción de parroquias y conventos, marcaron la vida de la ciudad durante el reinado de los Reyes Católicos. Eran tímidos referentes cristianos en medio aún de la apariencia árabe que, según todos los testigos,

conservaba la ciudad del Darro. Pero esas realidades marcaban la tendencia a seguir, eran hitos incuestionables que condicionaban la vida de los cristianos nuevos a la vez que reafirmaban la imposición de lo cristiano viejo.

En ese sentido, la implantación de cofradías implica un avance esencial, porque lejos de formulaciones teológicas elevadas, transmiten la religiosidad de un pueblo asentada en la costumbre y la tradición, reforzada por el paso de los años y que ahora alumbraba el devenir de los granadinos, máxime cuando ya todos serían cristianos después de los decretos de 1502. El estudio de la piedad popular es irrenunciable para la Granada morisca y ofrece esa vía de capilaridad que lo es a la vez de disciplinamiento social, de encuadramiento de los fieles. La realidad, empero, deja mucho que desear: la integración de los moriscos en el ámbito cofrade fue limitada y desidiosa, más allá de la oportunidad que en ello encontraron destacadas elites locales.

Esta realidad religiosa cotidiana nos remite al mundo de las parroquias, otro capítulo de este ensayo. La «parroquialización» de la ciudad es una realidad evidente en ese proceso pastoral y misional. La densidad de la red parroquial en el barrio del Albaicín muestra a las claras las intenciones de las autoridades religiosas. También las hubo en el corazón de la ciudad baja y en los barrios de expansión hacia la vega, pero resulta altamente significativo que en estos últimos territorios, más poblados por cristianos viejos, abundaran también ermitas y conventos, hospitales y cofradías. De una forma u otra, la retícula parroquial, establecida en 1501, aunque algunas mezquitas ya habían sido consagradas como iglesias con anterioridad, vino a cambiar para siempre la fisonomía espiritual de la ciudad, como marco idóneo para la recepción de los sacramentos, el aprendizaje de la doctrina cristiana y la expansión de hermandades y cofradías. Su sello se tornó materialmente indeleble cuando ya en el reinado de Carlos V se comenzó la demolición de las antiguas mezquitas para dar paso a la construcción de templos de nueva planta, eso sí, de impronta artística mudéjar.

El vigor de la piedad popular a la hora de definir las sociedades cristianas invita a concluir el libro con una contextualización de esa realidad en el ámbito andaluz y en el tránsito desde el Medievo a la Modernidad. De esta manera, el lector puede apreciar claramente cuáles eran las pautas en las que se movía la piedad del pueblo, y cómo se habían ido conformando, para poder calibrar entonces el papel que podían cumplir en el territorio granadina nuevamente cristianizado y castellanizado. Interesa, por tanto, insistir en la espiritualidad cristiana bajomedieval, en el rol que la Iglesia asignaba a los laicos, en la uniformidad de prácticas y ritos que se va produciendo hasta cristalizar en los edictos del concilio de Trento, así como en las restricciones que siempre impusieron sobre el ámbito cofrade las autoridades civiles y eclesiásticas.

La cultura y la religión van perfilando, mejor aún construyendo, un «nuevo territorio geográfico», sí, pero sobre todo social y político. Más allá de las grandes gestas que en aquella tesitura marcaron la historia de España, se halla esta otra realidad, no siempre subrayada, de modelos culturales y civilizatorios en sentido amplio, que acaban conformando también los contextos locales, como es el granadino. Y en el trasfondo de esta obra que presentamos en colaboración laten retazos muy interesantes de la vida de la ciudad y de sus moradores.

Los autores